

SAN LEÓN II, PAPA Y CONFESOR

Día 28 de junio

P. Juan Croisset, S.J.

San León, papa, segundo de este nombre, fue siciliano de nación, ó, según algunos, de Cedella, pequeña ciudad del Abruzo ulterior, en aquella parte de esta provincia que se llama *Valle Sicilia*. Fue hijo de un médico llamado Pablo, que puso el mayor cuidado en criar á su hijo en la virtud y en el estudio de las letras humanas. En una y en otra facultad hizo grandes progresos el niño León, por su bella índole y por su excelente ingenio. Hízose santo y sabio, logrando el conjunto de las más nobles prendas, costumbres inocentes, cierto aire de dulzura, modales gratos y airosos, una penetración poco común, gran corazón, maravillosa facilidad para aprender las lenguas muertas más dificultosas, talento asombroso para las que se llaman bellas artes, y, sobre todo, un ingenio superior para todas las ciencias. Este portentoso conjunto le granjeó desde luego la admiración de todos. Puso el mundo en movimiento todos los medios que pudo, haciendo cuanto supo y alcanzó, para ganar á su partido un joven que tan desde luego comenzaba á descollar; pero tenía Dios escogido para Sí. Sobrábale mucho entendimiento á León para dejarse deslumbrar de las engañosas esperanzas con que el mundo le lisonjeaba; y, aspirando á otra fortuna más sólida, abrazó desde joven el estado eclesiástico, y en él se distinguió.

Dedicado á la Iglesia, se dedicó también al estudio de la Escritura y de los Santos Padres, en que se ejercitó tanto, que no se conocía eclesiástico alguno más sabio ni

más santo que León. Aplicóse asimismo á la elocuencia, para la cual tenía especial talento, y no hubo hombre en su siglo más inteligente en la música; pero, con ser tan grande su sabiduría, su virtud era mucho mayor.

Era tan generosa su caridad con los pobres, que más de una vez se despojó de todos sus bienes en su favor, siendo todo su gusto socorrer á todos los necesitados; y, por ser tan notoria esta su cristiana generosidad, le hicieron limosnero mayor de la Iglesia. En virtud de este empleo recogía las limosnas de los fieles y las rentas eclesiásticas destinadas al socorro de los menesterosos, entre quienes las distribuía con la más justa y con la más prudente proporción. Promovido ya á los órdenes sagrados, era el ejemplo de todo el clero romano por sus costumbres, por su sabiduría y por la santidad de su vida, cuando murió el papa Agatón en 10 de Junio de 683. Y como dentro del mismo clero romano se hallaba un varón de mérito tan extraordinario y tan universalmente reconocido, no podía estar vacante por mucho tiempo la Silla Apostólica; y así, desde el principio del mes siguiente, por general consentimiento de todos, y sin la menor contradicción, fue colocado en ella San León, y consagrado pocos días después.

Dio principio á su pontificado confirmando el sexto Concilio ecuménico y tercero constantinopolitano; convocado contra los monotelitas, en que presidió su antecesor Agatón por medio de sus legados, y declaró por herejes á todos los que dijese que en Jesucristo no había más que una sola voluntad, como el Concilio lo había definido.

Macario, patriarca de Antioquía; Anastasio, presbítero, y Leoncio, diácono de la Iglesia de Constantinopla, con algunos otros, depuestos todos y anatematizados por el Concilio, presentaron memorial al

Emperador suplicándole los remitiese al Papa, y se les señaló á Roma por lugar de su destierro. Recibiólos el Pontífice con aquella bondad, amor y caridad cristiana que en parte constituía su carácter; hizo los demostración de la verdad, convenciólos de sus errores y, para darles más lugar á que reflexionasen sobre ellos y los conociesen, los puso separadamente en distintos monasterios. Macario persistió obstinadamente en su error; Anastasio y Leoncio abjuraron los suyos; absolviólos San León y los reconcilió con la Iglesia.

Siendo tanta la blandura, compasión y suavidad con que trataba á los arrepentidos, no era menor el tesón, la severidad y el valor con que resistía á los que perdían el respeto á la Silla Apostólica. Desde el año de 568, en que el emperador Justino el Mozo envió á Italia un gobernador con nombre de Exarco, cuya residencia era en Rávena, se había usurpado el arzobispo de esta ciudad algunos derechos que no le pertenecían. Sostenido siempre de los exarcos, que en varias ocasiones habían intentado arrogarse la autoridad de elegir papas, en muchos puntos no reconocía subordinación á la Silla de San Pedro. Empezó y consiguió San León poner en razón al arzobispo de su tiempo; y para cortar de raíz estos abusos, de modo que no retoñasen en lo sucesivo, obtuvo un decreto del Emperador en que severamente se prohibía á los exarcos que con ningún pretexto se metiesen jamás en proteger al arzobispo contra la Santa Sede; de suerte que la Iglesia de Rávena quedó enteramente sometida á la disposición del Papa, y el arzobispo, que pretendía no reconocer su autoridad sino en cuanto la reconocían los patriarcas de Constantinopla, de Alejandría y de Antioquía, quedó tan sujeto á ella, que no puede ser elegido ni consagrado sin expreso consentimiento del Pontífice. Y porque Mauro, arzobispo de Rávena, no se quiso sujetar á la autoridad de la Silla Apostólica, no

permitió San León se le hiciese aniversario, por haber muerto excomulgado.

No menos magnífico promovedor de la gloria de Jesucristo que celoso defensor de los Sagrados Cánones, hizo erigir en Roma una iglesia cerca de Santa Bibiana, la que adornó suntuosamente, colocando en ella las reliquias de los Santos Simplicio, Faustina y Beatriz, con las de otros santos mártires, y la dio la advocación de San Pablo.

Su celo y su grande aplicación no le permitieron omitir medio alguno de todos los que podían contribuir á la devoción de los fieles y de la Iglesia universal. Expedió y publicó diferentes leyes para perfeccionar la disciplina eclesiástica; reformó el canto que llamamos Gregoriano, y compuso nuevos himnos para el Oficio divino. Toda su aplicación y solicitud pastoral se dedicaba únicamente á restablecer en toda la Iglesia la pureza de la fe y el arreglo de las costumbres, á lo que concurría tanto con la eficacia de sus ejemplos. Su vida era verdaderamente austera, estragando la salud con el rigor de sus continuas y excesivas penitencias. Sus rentas eran para los pobres, y acostumbraba decir que deseaba morir pobre por asistirlos á ellos. A vista de tantas y tan eminentes virtudes, no era mucho que deseasen ansiosamente los fieles gozar por largo tiempo las felicidades de tan glorioso pontificado; pero lo dispuso Dios de otra manera, porque se apresuró á retirarle del mundo para colmarle de gloria, cuando, por decirlo así, no había hecho más que mostrársele á su Iglesia. Murió con la muerte de los santos el día 28 de Junio del año 684, no cumplido enteramente el primero de su pontificado.

Fue universal el dolor, no sólo en Roma, sino en toda la Cristiandad , cuando se supo en ella la muerte de tan santo Papa. Todos lloraban amargamente por no haber

merecido que el Señor conservase más largo tiempo en su Iglesia un Pontífice que trabajaba incesantemente en su mayor bien y esplendor con tanto celo y con tanta felicidad. Fue enterrado en la iglesia de San Pedro, con el prodigioso concurso del pueblo que acompaña á los santos hasta la sepultura, y da siempre cierto aire de triunfo á sus sentidos funerales. Desde luego fue tan universalmente reconocida su heroica santidad, que, no obstante de estar dedicado este día á la vigilia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, quiso la Iglesia que en él se celebrase su fiesta.

SAN ARGIMIRO, MÁRTIR

Este glorioso y célebre mártir de Jesucristo, que padeció en Córdoba, en la sangrienta persecución que suscitó el bárbaro rey Mahomad contra los cristianos, fue natural de la antigua Egabro, ciudad antes con Silla episcopal, hoy Cabra, en la provincia de Córdoba. Su nobleza y sus buenas prendas le abrieron camino á la gracia del Rey, aunque tan contrarios en religión. Hízole merced del oficio público de censor, cuyo cargo y profesión no sabemos cuál fuese, ni nos lo dice San Eulogio en su *Memorial*, En este cargo se portó Argimiro con la equidad y pureza que prometía su piedad, de que tenemos bastante testimonio en el resplandor de su vida y en su gloriosa muerte. Algunos historiadores aseguran, fundados en el título de confesor que le da San Eulogio, que hizo profesión pública de la fe antes de llegar á la corona de mártir, y tal vez por esta primera confesión fue privado del oficio. San Eulogio sólo dice que, desembarazado de los negocios del mundo, hizo vida de monje.

Pero ni en su retiro lo dejaron en paz los enemigos de la fe: acusáronle ante un juez que ensalzaba la dignidad del Hijo de Dios y trataba á Mahoma de

insensato, de autor de falsedad y caudillo de gente perdida. Alterado el juez con la acusación, le mandó encarcelar y encadenar con extraña fiereza. Al cabo de algunos días lo hizo comparecer ante su tribunal, y para atraerle á su secta fingió blandura y suavidad que no tenía ni sentía. Argimiro no hizo caso de sus halagos ni tuvo miedo á su ferocidad, y continuó hablando y obrando como soldado de Jesucristo. Ratificó la primera confesión de la fe con la grandeza de ánimo que engendra la caridad, y el juez mandó que lo atormentasen en el caballete, y que en él le atravesasen de parte á parte con una espada. Llegó Argimiro con esto á la consecución de la palma del martirio el día 28 de Junio del año 856.

Su cuerpo fue, según costumbre de los moros, colgado de un alto palo á la vista de la ciudad, y, quitado de allí por orden del juez, pudo un piadoso monje apoderarse de él, y con asistencia de algunos sacerdotes le dio sepultura en la iglesia de San Acisclo, junto al sepulcro de este insigne mártir y de San Perfecto. En la actualidad existen estas preciosas reliquias en la iglesia parroquial de San Pedro, en la ciudad de Córdoba.

La Misa es en honor de San León, papa, y la oración la que se sigue:

¡Oh Dios, que al bienaventurado pontífice León le hiciste igual en merecimientos á los santos! Concédenos benigno que imitemos los ejemplos de su vida, ya que celebramos la memoria de su fiesta. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 1 de la de San Pablo a los hebreos.

Hermanos: se hicieron muchos sacerdotes en la Ley porque la muerte los impedía el permanecer; pero

Jesucristo, como permanece eternamente, tiene un sacerdocio también eterno. Por eso puede salvar perpetuamente á los que por medio suyo se llegan á Dios, y está siempre vivo para interceder por nosotros. Porque era conveniente que tuviésemos un Pontífice como Éste, santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y más elevado que los Cielos; que no tiene necesidad, como los otros sacerdotes, de ofrecer todos los días sacrificios, primero por sus propios pecados, y después por los del pueblo. Porque esto lo hizo una vez Jesucristo Nuestro Señor, ofreciéndose á Sí mismo.

REFLEXIONES

Asombro es que sean tantos los que se alucinan en punto de devoción. Sólo con poner los ojos en Jesucristo encontraremos el verdadero modelo. Es santo, inocente, sin mancha, separado de todo comercio con los pecadores. Santo, porque es la santidad misma; inocente, porque, aunque se unió con nuestra naturaleza, no contrajo la mancha de la culpa; separado de todo comercio con los pecadores, porque no participó con ellos del pecado. Este es el modelo de la verdadera virtud cristiana; corre peligro de que se forme una idea falsa de la virtud siempre que se pierda de vista este divino prototipo; y esto es lo que se practica con demasiada frecuencia en nuestros días. Con tanta destreza remeda la falsa virtud á la verdadera, que es muy fácil equivocarse; nada cuesta al amor propio la simulación, la máscara y el artificio. Ni cierto aire, ni cierto tono de voz, ni cierta exterioridad de virtud, son siempre incompatibles con las pasiones domesticadas. El genio nunca renuncia del todo sus derechos, y, cuando menos se piensa, vuelve á salir al teatro. Al mismo tiempo que la boca dice quiere ser toda de Dios, las obras son todas del mundo, todas del interés, todas del amor propio. De aquí proviene que se hacen tantos progresos

en la estimación de sí mismo cuantos pasos se juzga erradamente que se adelantan en la perfección. Y, una vez arraigado el orgullo en el alma, no hay que preguntar cómo se precipita y se pierde; más natural sería preguntar cómo era posible que dejase de perderse.

El Evangelio es del cap. 25 de San Mateo, y el mismo que el día 6.

MEDITACIÓN

De la fidelidad á las gracias de Dios.

PUNTO PRIMERO.—Considera que todos somos, por decirlo así, unos administradores del Padre de familias, según el pensamiento del mismo Cristo, en cuyas manos y á cuyo cargo pone sus bienes. Somos unos criados suyos, entre los cuales distribuye sus talentos y su caudal, á unos más, á otros menos, según su capacidad, ó, por mejor decir, según sus altos designios; pero á todos lo bastante para hacer fortuna en el negocio de la eternidad. Comprende ahora la fidelidad con que se debe corresponder á la gracia, cuando por no haber negociado con su talento por pereza, ó cuando más por cobardía, fue reprobado uno de aquellos siervos.

No dejéis, Señor, de hablar, porque vuestro siervo oye; no me dejéis de buscar, pues soy oveja descarriada. Conozco ya que vuestra divina gracia se va en fin apoderando de mi corazón, y que quiero de buena fe apartarme de mis descaminos; acabad, por vuestra misericordia, esta grande obra, pues ya no quiero sepultar los talentos que os dignasteis confiarme.

PUNTO SEGUNDO.—Considera que la gracia es el precio de la sangre de todo un Dios y el fruto de su

muerte. Si es el precio de la sangre de todo un Dios, ¿no valdrá algo? ¿Y qué estimación debemos hacer de ella? Si es el fruto de su Pasión y de su Muerte, ¿qué virtud tendrá? ¡Y con qué cuidado debemos aprovecharla! Ser infiel á la gracia, hacerla resistencia, es, según el lenguaje del Apóstol, poner debajo de los pies la sangre de Jesucristo. ¡Oh Dios, y qué profanación!

Es la gracia el principio de todos nuestros merecimientos, el manantial de todas nuestras virtudes, la semilla de nuestra bienaventuranza. Si soy infiel á la gracia, ni puedo atesorar méritos, ni puedo adquirir virtudes, ni puedo afianzar en nada mi salvación. Despreciar la gracia es menospreciar y abandonar la virtud; ser infiel á la gracia es privarse uno a si mismo del único medio que hay para atesorar inmensos merecimientos; resistir á la gracia es renunciar por entonces la esperanza de su eterna salvación.

¡Dios mío y qué poco he sentido hasta aquí mi triste suerte! ¡Qué deberé pensar yo de, mis pasadas ingratitudes! Las lloro, las abomino, las detesto; y, contando más que nunca con vuestra divina gracia, me atrevo, Señor, á prometeros que corresponderé á ella con fidelidad.

JACULATORIAS

Un poco más de tiempo, Señor, un poco más de tiempo, y yo os restituiré todo lo que os debo.—*Mat.*, 18.

Lleno de confianza en Vos, me atrevo á prometeros que ya no seré infiel á vuestra gracia.—*Job*, 27.

PROPÓSITOS

1. Preciso es que no hayas conocido bien lo mucho

que vale la gracia del Señor, cuando la has resistido con tanta obstinación, y tantas veces la has desestimado. ¡Cosa extraña! El menor revés de la fortuna nos pone inconsolables; la más mínima pérdida nos inquieta y nos hace enfadosos. ¡Cuánto sobresalta, cuánto turba el miedo de perder la gracia, del príncipe, y tal vez de un mero particular! Pero la gracia de Dios se pierde con la mayor frescura; se desprecia alegremente, y cien veces al día se falta á su servicio, sin dársele á uno nada, y aun falta poco celebrar la hazaña. Indígnase cualquiera contra sí mismo, cuando se aplica á reflexionar más de cerca esta irreligiosa conducta: ¿qué será en la hora de la muerte, cuando se presenten en conjunto y sin disfraz todas nuestras infidelidades, y concurran todas á darnos en rostro con nuestra ingratitud? Pon luego fin á ellas, y comienza desde este mismo día á ser exacto, regular y escrupulosamente fiel á los impulsos de la gracia.

2. Esta fidelidad procura que sobre todo se manifieste: primero, en el exacto cumplimiento de las obligaciones de tu estado; segundo, en la rectitud de tus máximas y regularidad de tus costumbres; tercero, en la frecuencia de sacramentos; cuarto, sé puntal en oír Misa todos los días, en tener un rato de oración mental y en hacer todas las noches el examen de conciencia; quinto, cumple fielmente con tus devociones cada día; sexto, tampoco omitas ninguna de las buenas obras que acostumbras; séptimo, sé puntualísimo en el cumplimiento de ciertas devociones particulares, que debes rezar á la Santísima Virgen.